

# Gabriela Mistral

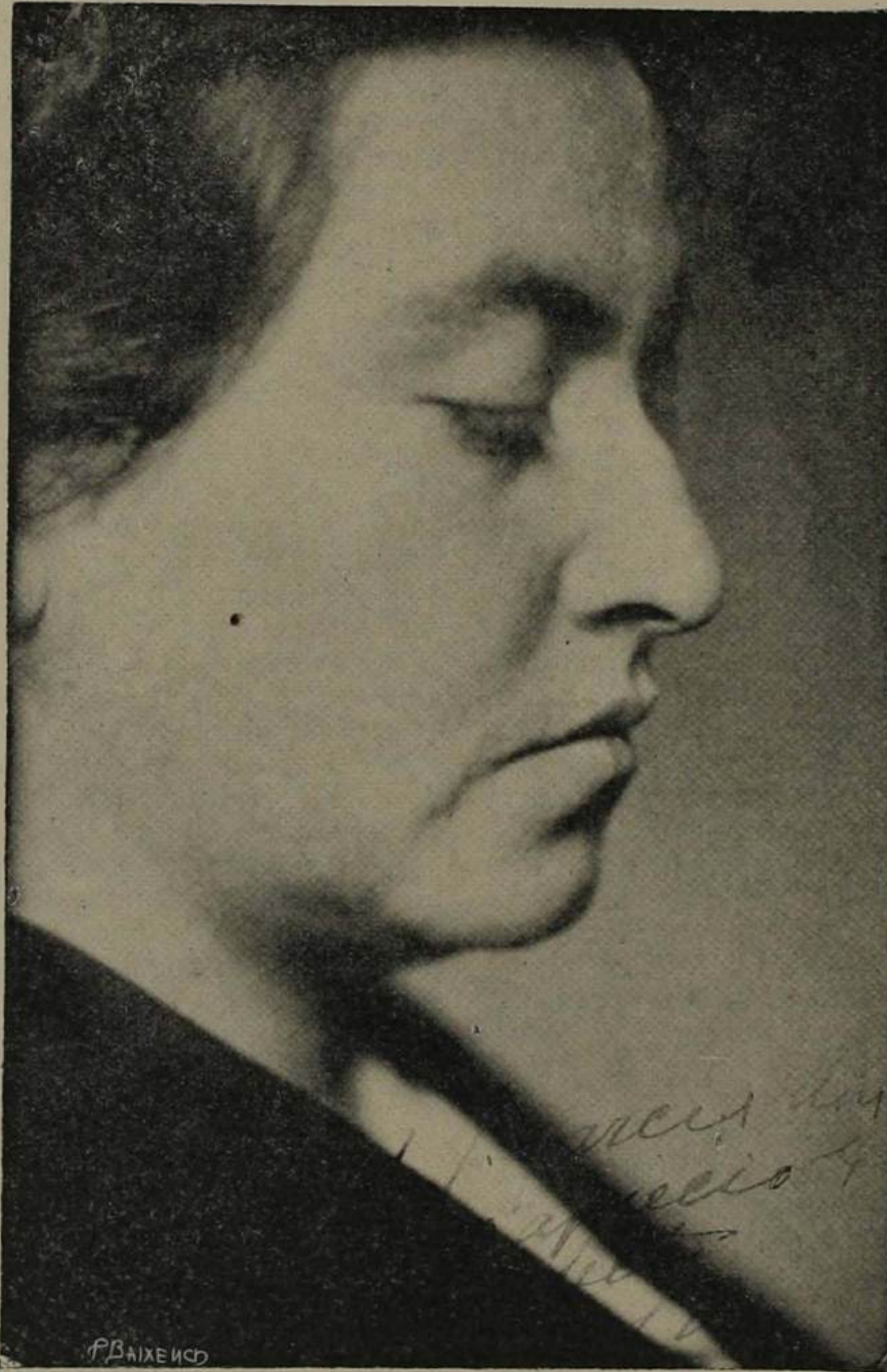
## Una imitadora de Cristo

(De *La Voz*, Madrid).

MARIA de Maeztu ha narrado con palabras esenciales la vida de Gabriela Mistral. Es una vida fuerte, generosa y fecunda. Gabriela Mistral es una hija predilecta de Cristo. Su inspiración es un soplo de Cristo. No es necesario ahondar más para comprender a Gabriela. Su secreto está a flor de alma, o, más bien, no hay secretos en su alma luminosa, abierta para difundir su luz. Luz de caridad.

La vida de Gabriela es un canto de misericordia. Poeta admirable, ha escrito pocos versos y fundado muchas escuelas. Es una fundadora.

Como Santa Teresa, diréis. Como Santa Teresa es sabia, como Santa Teresa es activa, como Santa Teresa «arde en una llama de amor». Pero entre doctora y doctora hay una hondura de siglos y hay matices de temperamento. Porque el temperamento es semejante: *no vivir para sí, vivir para una obra*. Teresa funda conventos, adoctrina en el amor de Dios y señala el camino del cielo. Gabriela funda escuelas, adoctrina en el amor de Dios y señala el camino de la vida justa. Teresa prescinde de la tierra. Gabriela, no. Teresa quiere hacer de sus novicias santas; no siembra sino semillas de santidad; todas las flores de su huerto las cortará Jesús. Gabriela quiere hacer de sus alumnas mujeres que, en su día, sepan ser madres y esposas, o afrontar dignamente el celibato: quiere hacer mujeres redimidas, robustas de alma y cuerpo, aptas para la vida. Gabriela busca la felicidad en este mundo. Pero no para sí. Para los otros, para los suyos. «¡Qué dignas son las manos en desposeimiento!», exclama. Pero amar como ella ama, con amores universales, ¿no es poseerlo todo? Reducir el mundo a nuestro goce, ¿no es saber gozar?



Gabriela Mistral

Yo creo que nadie ha poseído el mundo como Jesús.

\* \*

Gabriela Mistral es la fundadora, en Chile, de la escuela democrática y cristiana. Es una de las glorias—y de las autoridades—del magisterio contemporáneo. Su *Oraçión de la Maestra* hace de ella el evangelista de la enseñanza. Su vida comienza trabajosamente. Su victoria es premiosa. María de Maeztu, en términos precisos y expresivos, ha narrado las aventuras nobles de Gabriela—de Gabriela niña, de Gabriela maestra rural—hasta el momento en que la incomprensión, la frialdad y la hostilidad ceden al impulso de su talento y a la generosidad de su ideal. Gabriela pasa por la brecha que labró con tenacidad humilde, con renovada esperanza. Un día ocupa la dirección de un Liceo—o Instituto—en la capital de Chile, puesto máximo en la jerarquía de la enseñanza.

Entonces—narra María de Maeztu—da principio la obra reformadora de Gabriela. Vasconcelos la llama a Méjico. Gabriela visita «los pueblos más remotos, allí donde no llega el ferrocarril». Cruza a caballo la meseta mejicana, busca a los maestros rurales de las últimas aldeas y los reúne «para explicarles la manera de enseñar el idioma o la Historia».

Entonces, en los campos apartados de Méjico, advierte Gabriela un problema intacto: la educación del indio. «Su conciencia—dice por modo insuperable y profundo María de Maeztu—se iluminó viendo trabajar a un mixteco mejicano en sus lacas. Hacía el hombre de cara obscura y ojo largo y oblicuo, con

(Pasa a la página 334).